

COMMUNIO

REVISTA CATOLICA INTERNACIONAL

AÑO 1 - Nº 2

JUNIO DE 1994

El acto litúrgico

HANS URS VON BALTHASAR

JOSÉ LUIS DUHOURQ

HANNA-BARBARA GERL

HORACIO VARELA ROCA

ALBERTO BELLUCCI

JEAN-LUC MARION

LUCIO FLORIO

ALBERTO ESPEZEL

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone. Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebecca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot.

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>El acto litúrgico</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	¿Un sacrificio que no cuesta nada?
<i>José Luis Duhourq</i>	13	Liturgia y nueva evangelización
<i>Hanna-Barbara Gerl</i>	23	Comed el cordero rápidamente
<i>Horacio M. Varela Roca</i>	31	Rumor de encuentro. La liturgia y el arte
<i>Alberto G. Bellucci</i>	39	Arquitectura y espacio de culto, hoy
<i>Jean-Luc Marion</i>	61	Filosofía cristiana y heremética de la caridad
<i>Lucio Florio</i>	69	Acceso y salida del camino religioso de Ernesto Sábato
<i>Alberto Espezel</i>	77	La cristología de Romano Guardini

Acceso y salida del camino religioso de Ernesto Sábato

por Lucio Florio*

Ernesto Sábato ha alcanzado notoriedad fundamentalmente por su tríada novelística (*El Tunel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón, el exterminador*). Sin embargo, no ha sido ésta su única incursión en el campo de la cultura. Después de su paso por la física —que lo llevó hasta el Instituto Curie de París—, se volcó hacia el mundo del arte y de la filosofía. En modo particular, hacia la novela y la pintura. Actividad científica, literaria, ensayística y pictórica han sido los ámbitos en los que se ha movido.

Sábato ha sido premiado reiteradas veces por su obra. Baste citar el premio “Miguel de Cervantes” (el más importante en lengua hispánica) en el año 1984, el premio “Gabriela Mistral” de la O.E.A. y el premio al mejor libro extranjero de 1978, en París, por la traducción al francés de “Abaddón, el exterminador”. Además, su producción ha sido traducida a 32 lenguas, lo que revela el interés que ha suscitado en el mundo cultural. Algunos escritores de la talla de Greene, Quasimodo y Camus, se han pronunciado con admiración sobre los escritos del novelista argentino.

El autor de *Sobre héroes y tumbas* siempre ha subrayado que lo esencial de su obra se encuentra en sus novelas, y últimamente, en sus pinturas. Confía más en el arte, puesto que entiende que éste es el gran revelador del lado nocturno del ser humano, donde se esconden sus secretos más vitales. Los símbolos que la poesía y la plástica arrancan al corazón humano dicen más que cientos de ensayos teóricos. Pese a su pesimismo respecto de la razón —heredado, en parte, por su decepción por el abuso racionalista moderno—, no renegó de un cierto tipo de especulación. Su abundante producción de ensayos así lo demuestra.

* Lucio Florio, sacerdote, La plata. Párroco. Profesor de Teología Dogmática en el Seminario de La Plata y en la Universidad Católica de la Plata.

Nuestro trabajo se limita a ésta última zona de su obra.¹ Extraeremos tres temas que se interconectan: a) La esperanza; b) el acceso a las profundidades de la existencia, en particular; c) a la realidad de Dios.

a) La esperanza

Uno de los temas más recurrentes en la obra sabatiana es el de la esperanza. Resulta paradójico, en un hombre que tantas veces ha sido acusado de ser “trágico” y, por lo tanto, “triste”. Acusaciones aceptadas por él mismo.²

Ya en *Hombres y engranajes*³ plantea esta cuestión; lo hace desde la perspectiva del sentido de la historia. En los años en los que publicó esta obra había ya un fuerte descreimiento hacia cualquier lógica que se quisiera encontrar en el devenir histórico. El existencialismo —anticipado por Kierkegaard y Nietzsche— planteaba dos respuestas posibles: una apertura hacia la trascendencia para hallar alguna metalógica (Marcel, Berdiaeff) o una lúcida desesperación ante el absurdo (Sartre, Camus)

Sábato ensaya una respuesta, invirtiendo los términos en los que se proponía habitualmente la cuestión. No habría que preguntar cómo es posible que se luche cuando el mundo parece no tener sentido y cuando la muerte parece ser el fin total de la vida, sino al revés: “sospechar que el mundo debe de tener un sentido, puesto que luchamos, puesto que a pesar de toda la sinrazón seguimos actuando y viviendo, construyendo puentes y obras de arte, organizando tareas para muchas generaciones posteriores a nuestra muerte, meramente viviendo”⁴. Continuar viviendo es, por lo tanto, un alegato en favor del sentido.

Una cierta “instintividad”, más poderosa que la razón, conduce al ser humano a pronunciarse vitalmente de esta manera:

¹ Hemos utilizado los “Ensayos” (ed. Losada, Buenos Aires, 1970), que contiene todos sus escritos teóricos hasta esa fecha. También hemos aprovechado algunas entrevistas concedidas por él y algunos artículos de su propia mano, publicados tanto en obras separadas como en revistas o diarios. Finalmente, hemos incluido algunos comentarios vertidos por Sábato en un reciente programa televisivo dedicado a su persona y a su obra (Hora Clave del canal 9 de Buenos Aires, transmitido el día 29 de agosto de 1993).

A pesar de querer restringirnos a su obra conceptual hemos cedido a la tentación de concluir con algunas imágenes provenientes de sus ficciones.

² En el mencionado programa televisivo.

³ En subtítulo es: “Reflexiones sobre el dinero, la razón y el derrumbe de nuestro tiempo”, publicado en Buenos Aires en 1951. Citamos de los Ensayos

⁴ Op. Cit., pag. 262. El subrayado es del original.

“¿. . . no será acaso que nuestro instinto es más penetrante que nuestra razón, esa “razón que nos descorazona constantemente y que tiende a volvernos escépticos?”⁵

“¿A qué pensar sobre la inutilidad de nuestra vida, por qué empeñarnos en “racionalizar también eso, lo más problemáticamente dramático de nuestra “existencia? ¿Por qué no limitarnos a seguir humildemente nuestro instinto, que nos “induce a vivir y a trabajar, a tener hijos y criarlos, a ayudar a nuestro semejante?”⁶

Cuando la razón —la **ratio** moderna, poderosa en su manipulación del mundo pero débil y agnóstica ante las cuestiones fundamentales— no alcanza a descubrir ningún sentido en el universo, el “corazón” lo encuentra. De esta forma. el hombre crea un sustento para un compromiso con la realidad y con el futuro. Esa es la esperanza.

Hasta aquí nos enfrentamos con una teoría de la esperanza fundamentada en las “razones del corazón” o del instinto. Su objeto es un cierto “sentido”, oculto a la inteligencia pura, pero develado a este instrumento del conocimiento más profundo. Si avanzamos un poco, intentaremos ver si existe algún tipo de clarificación sobre este sentido.

Por lo pronto, Sábato añade el calificativo de “absoluto”.

“¿Por qué buscar lo absoluto fuera del tiempo y no en esos instantes fugaces pero “poderosos en que, al escuchar algunas notas musicales o al oír la voz de un “semejante, sentimos que la vida tiene un sentido absoluto?”⁷

Pero agrego dos textos que avanzan hacia una personalización de ese sentido absoluto. El primero, es de corte más bien metafórico:

“Todo el horror de los siglos pasados y presente en la larga y difícil historia del hombre es inexistente además para cada niño que nace y para cada joven que comienza a creer. Cada esperanza de cada joven es nueva —felizmente—, porque el dolor no se “sufre sino en carne propia. Esta cándida esperanza se va manchando, es cierto, deteriorando míseramente, convirtiéndose las más de las veces en un trapo sucio, que finalmente se arroja con asco. Pero lo admirable es que el hombre siga luchando a pesar de

⁵ Ibidem

⁶ Ibid., pág. 263

⁷ Ibid., pág. 271.

todo y que, desilusionado o triste, cansado o enfermo, siga trazando caminos, arando la tierra, luchando contra los elementos y hasta creando obras de belleza en medio de un mundo bárbaro y hostil. Esto debería bastar para probarnos que el mundo tiene algún misterioso sentido y para convencernos de que, aunque mortales y perversos, los hombres podemos alcanzar de algún modo la grandeza y la eternidad. Y que, si es cierto que Satanás es el amo de la tierra, en alguna parte del cielo o en algún rincón de nuestro ser reside un Espíritu Divino que incesantemente lucha contra él, para levantarnos una y otra vez sobre el barro de nuestra desesperación”.⁸

El segundo texto, simple y hermoso, contrapone las conclusiones de Sartre y postula una valiosa prueba de la existencia de un fundamentador de todo sentido:

“Hará medio siglo. . . hubo un terremoto espantoso en Concepción, Chile. Vi entonces una foto (. . .) de una mujer de un barrio pobre, rodeada de escombros. Ella, en medio de ese caos, de esa destrucción, barría el patio delantero de su rancho. Me impresionó porque aparentemente no estaba haciendo nada importante. Tan sólo demostrando fe y esperanza. La angustia, según Sartre, probaría la existencia de la Nada. Si a ese sentimiento se le puede dar tal valor filosófico, ¿por qué no decir que “hay otro, la esperanza, sobreviviente hasta en las peores situaciones, que es la “prueba de la existencia de Algo? ¿Por qué no oponer la esperanza a la angustia? Ese algo a la nada”.⁹

b) El acceso a las profundidades de la existencia

Sábato fue un investigador físico. En el año 1938, estando en medio de su labor investigativa, en París, entró en crisis su confianza ciega en la ciencia. Obviamente, también se disolvió la totalidad de su vocación científica. Entonces se dio cuenta de que su “fugaz paso por la ciencia había concluido”.¹⁰ Abandonó, de esta manera, la investigación pura para ingresar en el inexacto mundo del arte, especialmente de la literatura.

Del año 1951, es su obra “Hombres y engranajes”. Se trata de una crítica a la sociedad tecnócrata, postulada por entonces como el modelo exclusivo de la felicidad para Occidente. Ahora,

⁸ Ibid., pag. 272-273

⁹ Entrevista publicada en la revista dominical de “La Nación”, Buenos Aires, 29-12-91, pag. 9.

¹⁰ “Hombres y engranajes”, pag. 143.

bajo la perspectiva de la postmodernidad, nos resulta familiar este tipo de planteos. No lo era así en la década del '50, especialmente en la Argentina. La reacción adversa que provocó esta obra es repetidas veces recordada por su autor.

Su antipositivismo no significaba un irracionalismo a secas; se trataba, más bien, del rechazo a la dictadura de las ciencias positivas —especialmente de las físico-matemáticas— en el dominio del conocimiento humano.

En el prólogo al mencionado libro encontramos estas líneas, traídas de su anterior obra *Uno y el universo*:

“La ciencia ha sido un compañero de viaje, durante un trecho, pero ya ha quedado atrás. Todavía cuando nostálgicamente vuelvo la cabeza, puedo ver algunas de las altas torres que divisé en mi adolescencia y me atrajeron con su belleza desposeída de los vicios carnales. Pronto desaparecerán de mi horizonte y sólo quedará el recuerdo. Muchos pensarán que ésta es una traición a la amistad, cuando es fidelidad a mi condición humana. De todos modos, reivindico el mérito de abandonar esa clara ciudad de las torres —donde reinan la seguridad y el orden— en busca de un continente “lleno de peligros, donde domina la conjetura.”¹¹

Esta ruptura con el universo exacto de la ciencia obedeció al descubrimiento de que “las regiones más valiosas de la realidad (las más valiosas para el hombre y su destino), no pueden ser aprehendidas por los abstractos esquemas de la lógica y de la ciencia”¹². Un canal fascinante por lo perfecto se le había revelado como limitado y, en lo esencial para el ser humano, decepcionante.

Sábato fue reencontrándose entonces con otra veta del saber humano: la que Pascal denomina de las “razones del corazón”. Hay toda una franja de la realidad a la que se llega a través de un camino no positivo ni matemático, ni siquiera deductivo, sino por medio de la intuición o de la connaturalidad. En definitiva: hay un camino “emocional” o “sentimental” (adjetivos totalmente desvirtuados de su original valor hacia la realidad que no se contraponen al camino de la razón pura bajo cualquier dimensión que sea.

Esta línea de pensar se inscribe en una ya larga tradición: Platón, Agustín de Hipona, el citado Pascal, Scheller, Bergson, Jung, Marcel, etc. . .

Una cita breve pero esclarecedora:

¹¹ Ibid., pág. 144.

¹² “El escritor y sus fantasmas”, pág. 371.

“(. . .) Si uno pinta o escribe según las imágenes que dicta el inconsciente, si uno “registra eso que Pascal llamaba «las razones del corazón», está conectado con el “misterio de la existencia, que culmina con el misterio de Dios. Aunque se crea ateo, “un hombre que pinta o escribe esas cosas es un espíritu religioso”.¹³

Esta cita nos introduce en el tema de Dios. Intuimos ya cuál es el verdadero acceso a lo religioso para Sábato.

c) El tema de Dios

Los dos temas previamente tratados permiten prejuzgar que para nuestro novelista y ensayista la cuestión religiosa no se inscribe en el campo de los “problemas”, sino del “misterio”. Es decir —en terminología marceliana— de aquello que afecta profundamente al hombre y de lo cual no puede desembarazarse. Dios es una cuestión existencial. Si consideramos la particular visión sabatiana de la situación del hombre actual veremos qué grado de dramaticidad adquiere la pregunta por un absoluto.

“Dice Martín Buber que la problemática del hombre se replantea cada vez que parece rescindirse el pacto primero entre el mundo y el ser humano, en tiempos en que el ser humano parece encontrarse en el mundo como un extranjero solitario y desamparado. Son tiempos en que se ha borrado una imagen del Universo, desapareciendo con ella la sensación de seguridad que se tiene ante lo familiar: el hombre se siente a la intemperie, sin hogar. Entonces se pregunta nuevamente sobre sí mismo.

“Así es nuestro tiempo. Estamos una vez en la noche metafísica, solitarios y pequeños, angustiados ante la infinita grandeza del Universo”.¹⁴

Frente a este panorama, se hace imprescindible alguna respuesta orientadora. La cuestión religiosa —entendida como referencia hacia algún absoluto— es percibida por Sábato como esencial. Por lo pronto, descree del ateísmo simplista: es “una secta religiosa” más.¹⁵

La ciencia —obviamente de acuerdo a lo ya visto— no puede pronunciarse sobre este tema. Escapa a su metodología.¹⁶

¹³ Revista del diario *La Nación* ya citada, pág. 8

¹⁴ “Hombres y engranajes”, pág. 147.

¹⁵ *Heterodoxia*, pág. 286

¹⁶ “El escritor y sus fantasmas”, pág. 543.

Ciertamente, es absurdo atribuir a un ser superior denominado "Dios" nuestros propios gustos o prejuicios. No es otra cosa que la "proyección", ya denunciada por Feuerbach.

"En la historia del pensamiento nos encontramos a menudo con la ingenuidad de atribuir a Dios nuestros prejuicios éticos o estéticos. Cuando encontramos alguna ley natural que nos halaga o satisface, nos sentimos inclinados a pensar que es una prueba de la existencia de Dios; vanidosamente, el hombre piensa que sólo una divinidad puede conformar sus gustos. (. . .) No veo por qué —sin embargo— algo que satisface la pobre y limitada mente del hombre ha de ser forzosamente obra de dioses. Vanidad semejante a la que experimentamos cuando un autor nos parece inteligente porque piensa como nosotros."¹⁷

Junto a la teoría de la proyección —entendida como confirmación de los propios prejuicios— encontramos aquí una valoración bastante pesimista de la inteligencia humana.

En un programa televisivo dedicado a dialogar con nuestro novelista, se destinó un bloque a la cuestión religiosa. A la pregunta de si se sentía un hombre religioso, Sábato respondió que sí. Agregó además que la preocupación religiosa lo acució desde joven, puesto que se trata del "problema fundamental". También manifestó tener un aprecio muy grande por la figura de Cristo, por su gran fe y, en especial, por su "enorme humanidad", palpable en su cercanía a los más pobres y postergados.

En el Evangelio se encuentran "grandes verdades". El regreso hacia él fue sugestivamente requerido a las iglesias —en especial a la católica, la más popular en la Argentina— como condición de autenticidad. Se mostró, además, desconfiado hacia la teología; ésta sería una elucubración puramente abstractiva, lejana de la frescura y simplicidad del Jesús de los evangelios.¹⁸

A manera de conclusión

Parece casi una obligación metodológica plantear el tema del hombre antes del de Dios en la obra de Sábato. La razón es simple: nunca resolvió la cuestión religiosa —aunque siempre fue una espina consciente o inconsciente—, pero constantemente hurgó en las fronteras del misterioso ser humano, acicateando hasta la angustia sus límites y miserias, así como también su

¹⁷ *Uno y el universo*, pag. 135-136

¹⁸ Programa ya citado.

grandeza y dignidad. A fuerza de presionar sobre repetidas temáticas cruciales (sentido/absurdo, esperanza/angustia, soledad/comunicación, razón/conocimiento, ciencia/arte, varón/mujer) fue cavando un hondo agujero hacia el fundador del Sentido, de la comunicación, del auténtico conocimiento y del amor pleno, de toda paternidad y maternidad). Aflora en la memoria la recomendación evangélica: "Golpeen y se les abrirá" (Mt. 7,7); la insistencia reflexiva y creativa sobre determinadas puertas parece haber dado un resultado inesperado: la apertura hacia regiones humanas oscuras que, una vez traspasadas, han descubierto la existencia de una región misteriosamente luminosa. Los ciegos del "Informe" confieren visión a un hombre poco habituado a hurgar infiernos —aunque los viva—, como es el ciudadano de las urbes de nuestro tiempo.

La lectura "pascual" es casi lineal: oscuridad/luz, desde el abismo de la soledad y la desgracia hacia una comunicación salvífica que supera extrañamente todas las soteriologías de la ciencia y de la técnica. El infierno contemporáneo es asumido como tal y es ahondado hasta su extremo. La salida del túnel es serena y humilde: hay signos de salvación, a pesar de que la razón diga algo diferente. Hay esperanza porque hay deseo de esperanza. Por lo tanto, hay algún sentido oculto que la fundamente, aunque Sábato no descubra su nombre.

A pesar, entonces, de un proclamado agnosticismo, Sábato termina apelando a un sentido que está más allá de toda la lógica humana. Aún más: se trata de un sentido que confiere sustento a todo el pavoroso mundo en el que vivimos. Un sentido encontrable más allá de todo horror y todo espanto. Precisamente, un sentido que aparece con claridad en medio del caos, alimentando ese misterioso instinto de la esperanza. Retomando y reformulando el texto ya citado sobre la mujer que barre en la nada de la destrucción después de un terremoto, podemos decir:

Si hay un sentimiento como la esperanza, sobreviviente hasta en las peores situaciones: ¿por qué no darle un valor personal a ese Algo que se encuentra detrás de ese impulso irresistible? ¿Por qué no oponer la existencia de un Alguien a la nada?

No parece ser tan arbitraria esta traducción para alguien que tanto combatió la despersonalización de la vida humana.